UN DIA DE BORRASCA,

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

D. NARCISO BLANCH É ILLA.

350

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868.

7C

UN DIA DE BORRASCA.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA,

POR

DON NARCISO BLANCH É ILLA.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

GERONA:

Establecimiento tipográfico de *Gerardo Cumané* y *Fabrellas*,
plaza de las Castañas, número 32.

1868.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su consentimiento, reimprimirla, ni representarla en los teatros de España y sus posesiones.

Los corresponsales de la galería EL TEATRO, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO ACTOR

D. MANUEL GAMIR DE APARICIO.

El buen éxito de esta obra que, en la noche de su estreno, arrancó del público tan inesperados como repetidos aplausos, se debió principalmente á la acertada ejecucion de V., amigo mio. Fuera ingratitud, no dedicarla á quien tanta parte cupo en el triunfo. Por lo tanto, recíbela V. con el cariño con que se la ofrece

Narciso Blanch é Illa.

720749

PERSONAGES.	ACTORES.
ELENA.	*D.ª Carlota Amigó.*
LUISA.	» *Fany Amigó.*
FELIPE.	*D. Manuel Gamir de Aparicio.*
ALBERTO.	» *Bernardo Llorens.*
SALVADOR.	» *Ricardo Valero.*
FLORA.. } *máscaras*..	*D.ª Dolores Roig.*
BENITA. }	» *Mercedes Abella.*
FERNANDO. . . . , ...	*D. Vicente Estrella.*
TOMÁS, *criado*.	» *Ramon Marco.*
UN INSPECTOR DE VIGILANCIA..	» *Vicente Queipo.*

Otras máscaras y un mozo de Café.

La accion es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Gabinete amueblado con elegante sencillez, en casa de Felipe. Puertas al fondo y á ámbos lados. A la izquierda además un balcon.

ESCENA PRIMERA.

SALVADOR. LUISA.

(*Ella se halla sentada junto á una mesita, trabajando en la confeccion de flores artificiales; á su lado está Salvador.*)

SALVA. Sí, Luisa, sí...; se está V. burlando del pobre Salvador, y él no puede guardar por mas tiempo su secreto. Poco menos de un año hace que Elena es la esposa de su primo de V., un mes hará mañana que nos hallamos en Madrid, y...

LUISA. Pero bien ¿qué secreto es ese que por tanto tiempo guarda V. encerrado en su pecho?

SALVA. Un secreto que me está ahogando, un secreto que... En fin, no puedo mas, Luisa, yo la amo á V., yo la adoro... (*postrándose á los piés de Luisa.*)

LUISA. Pero... Salvador... (*Dejando caer con disimulo la mano hácia él, quien la coge con efusion.*)

SALVA. Su mano, su pequeña y blanca mano abandonada á mis ardientes besos (*besándola.*) ¡Oh! que hermosa, Dios mio, que hermosa es!...

LUISA. Cuidado, amigo mio (*retirando la mano*), que aprieta V. demasiado!...

SALVA. ¡Cómo!... (*Levantándose precipitadamente.*) Luisa... V. se está burlando de mi amor: nada siente V.

LUISA. ¿Y quién se lo ha dicho á V.? ¿se figura acaso que tengo de roca el corazon?

SALVA. No, no...: ya sé que es V. sensible; pero conozco que no me tiene V. amor.

LUISA. Vamos, tranquilícese V., siéntese otra vez á mi lado y hablemos... como buenos amigos.

SALVA. ¿Sólo como amigos? (*Vuelve á sentarse.*)

LUISA. Por ahora, eso es bastante; mas tarde... veremos.

SALVA. ¡Ah!... ¿me da V. al ménos, una esperanza?

LUISA. ¿No ha conocido V. todavía que no me es V. del todo indiferente, y que le prefiero á todos los demás amigos?

SALVA. Es cierto; mas...

LUISA. Diga V. ¿le gusta este ramo de violetas que estoy concluyendo?

SALVA. Es tan bonito, como su significado.

LUISA. Pues qué ¿conoce V. el lenguage de las flores?

SALVA. Ciertamente. El ramo de violetas simboliza á V.

LUISA. ¡Cómo!...

SALVA. Sí, á V. que es bella y á la par sencilla y modesta.

LUISA. Gracias por la galantería; pero si yo soy la violeta ¿qué será V.?

SALVA. Yo seré el... el...

LUISA. El clavel encarnado, es decir: el amor impaciente, apasionado, fogoso...

SALVA. Luisa... ¡oh! sí; este es el amor que abrasa mi corazon, ese amor que unió á su primo Felipe, con la hermosa cuanto desdichada Elena.

LUISA. Salvador... (*con marcado disgusto*) ¿á qué recordar ahora...?

SALVA. Solo para probarle que mi amor hácia V. es tan grande como el que Felipe tiene á Elena, como ese amor que, no reconociendo obstáculos de ninguna clase, le obligó á unirse á ella.

ESCENA II.

Dichos. ELENA.

(*Elena entra azorada, y quitándose el manto lo deja en el respaldo de una silla.*)

ELENA. (Inútil ha sido mi afan!...)

SALVA. Elena...! (*levantándose*) en este mismo instante estábamos hablando de V.

ELENA. Sí...? (*A Luisa.*) Sabes si Felipe está ya en su despacho?

LUISA. No le he visto entrar todavía.

ELENA. (¡Gracias, Dios mio!...) Es muy extraño... van á dar las once, y á esa hora acostumbra estar en casa para almorzar.

LUISA. (*Mirando á Elena.*) (¡Qué rara agitacion se nota en ella!...) (*Se levanta y hace á un lado el velador.*)

SALVA. Tendrá muchas ocupaciones... y además, no hay motivo alguno para impacientarse.

ELENA. ¡Oh!... sí, amigo mio, desde que tengo la dicha de ser la esposa de Felipe, su menor tardanza en llegar á casa, me causa inquietud; porque es tanto lo que le amo, que á su lado siento latir de felicidad el corazon, miéntras que en su ausencia, se apodera de mi alma un vago temor que no sé explicarme... ¿No experimentaste tú semejantes emociones, Luisa, cuando vivia tu marido?

LUISA. (*Con disgusto.*) Elena...

ELENA. Perdona, prima mia... te he hecho daño, sin querer...; conozco que mi felicidad debe causarte cierta pesadumbre...

LUISA. (¡Oh!... inmensa!...) No... ¿por qué?

ELENA. Sólo en mi cielo de ventura cruza á menudo una sombra de tristeza, sombra que me ha hecho derramar abundantes lágrimas. La enfermedad de nuestro po-

bre hijo, á quien los médicos han arrancado de mi pecho, para entregarlo á los cuidados de una madre mercenaria, ha sido causa de que me aflijiera muchas veces.

LUISA. Elena, no comprenderíamos el valor de las bellezas de la primavera, sin los hielos del invierno, así cómo no apreciaríamos los goces de la existencia, sin los pesares que con harta frecuencia vienen á agostar en flor nuestras mas caras ilusiones. ¿Qué seria el mismo amor de tu marido, si no viniera acompañado de los recelos de la inquietud?

ELENA. Es verdad, querida prima. ¡Ah!... con esas palabras calmas mi afan. Permite que te abrace (*haciéndolo.*)

ESCENA III.

Dichos. FELIPE.

FELIPE. (*Abrazando á las dos.*) ¡Cuadro magnífico!...

ELENA. } ¡Ah!..
LUISA. }

FELIPE. No seais egoistas: dadme un poco de vuestro cariño. Pero... ¿qué es eso? (*observando á Elena*) brilla todavía una lágima en tus ojos...

ELENA. Las lágrimas, Felipe mio, no son siempre hijas del pesar. Ahora lo son de una emocion grata y pura. Nuestra prima me estaba recordando lo venturosa que soy con tu cariño. Ya ves como no hay motivo para estar triste.

FELIPE. Tanto mejor, porque yo tambien soy muy feliz contigo.

SALVA. (*A Luisa.*) ¿Cuándo podremos arrullarnos, como esas dos palomas, amiga mia?

LUISA. (*Con desdén.*) No sé... Tal vez nunca!

SALVA. Y la esperanza que hace poco me daba V. Luisa?

ELENA. (*A Felipe.*) ¡Soy tan dichosa!

FELIPE. ¡Elena!.. (*con emocion y apretándole la mano.*)

ELENA. Si; ahora casi no conozco el sufrimiento. Mi vida es, á tu lado, como un contínuo desbordamiento de felicidad; es un sueño del cual eres tú la idea fija, constante... ¡Oh!... Felipe, conozco que con tu amor me has dado una nueva naturaleza...

FELIPE. Elena, tambien yo debo agradecerte mucho, pues con tus caricias me has dado á comprender lo que es el amor, el amor con cuyo nombre no habia conocido mas que sinsabores, coqueterías y puerilidades del sentimiento mas grande y bello que encierra el corazon humano.

LUISA. (Me están lacerando el alma con sus palabras, impregnadas de una dicha que me ha robado esa mujer...) (*mirando con ceño á Elena.*)

SALVA. Luisa, V. no atiende á mis palabras, V. me desprecia...

LUISA. (*A Salvador y fingiendo sonreir.*) Si, sí... ya estoy...

SALVA. Luisa... tenga V. compasion de mí...!

LUISA. (¡Oh! yo no puedo estar aquí!...) Repito que le escucho á V. Salvador; mas... podemos ir á hablar en la sala inmediata.

SALVA. Donde V. quiera, Luisa, con tal de que V. me escuche y me ame.

FELIPE. Sí, esposa mia; pidamos al cielo que no permita que se trunque nuestra ventura.

LUISA. (*A Salvador.*) Vámonos, Salvador, vámonos.

SALVA. Vámonos.

LUISA. (*Mirando con rencor á los dos esposos*) (Sed felices ahora, gozad en esa dicha... que no ha de faltar una serpiente en el paraíso de vuestros amores...!) (*Luisa se va, seguida de Salvador.*)

ESCENA IV.

FELIPE. ELENA.

ELENA. ¡Oh!.,. ¡cuán bueno eres!...

FELIPE. Pero dime: y nuestro hijo ¿cómo sigue?

ELENA. *(Suspirando.)* Pobre angelito!... todavía está pálido y triste...!

FELIPE. No te inquietes, por eso, Elena mia.

ELENA. ¡Ah!... su enfermedad es lo único que viene á arrojar una gota de hiel en la copa de mi felicidad!

FELIPE. No te aflijas; ya sabes que el médico nos dijo que tardaria unos dias en reponerse, y siendo buena la nodriza, es probable que sea mas presto de lo que te figuras

ELENA. Dios te oiga, Felipe!

FELIPE. (*Reparando en el manto de Elena.*) Elena... que... ¿has salido esta mañana?

ELENA. (*Vacilando.*) No... amigo mio... Por qué lo preguntas?... (¡Oh! si supiera!...)

FELIPE. Por... nada... (*colocando distraidamente la mano sobre el manto*) es que... (¡Oh!... está algo húmedo... y hace poco que ha llovido... ¿Por qué me lo ocultará?)

ELENA. Piensas trabajar aun, antes de almorzar?

FELIPE. (*Como distraido.*) No sé... tal vez nó...

ELENA. Tanto mejor.

FELIPE. Dime, Elena: hace algun tiempo que protegias á una pobre anciana, socorriéndola en secreto, sin que yo lo supiera...

ELENA. Como si hubiese podido creerte capaz de impedirmelo... á tí, tan bueno, tan generoso... ¡estaba mal hecho!...

FELIPE. Y cuando me apercibí de ello... te reñí algo duramente... Y bien... ¿es que á pesar de eso, has vuelto hacerlo, ocultándomelo tambien?

ELENA. Felipe... ¿me crees capaz...?

FELIPE. No; pero... (Es indudable que ha salido... ¿á dónde habrá ido?)

ELENA. (Como confesarle...)

FELIPE. Elena...!

ELENA. Amigo mio...!

FELIPE. (*Con algun embarazo.*) Oye: aun cuando haya sido casualmente... no... no has vuelto á ver á ninguna de las personas que conociste en otros tiempos...

ELENA. (*Estremeciéndose y en tono de doloroso reproche.*) Felipe... ¿qué me preguntas?

FELIPE. Es que... dispénsame.

ELENA. ¡Ah!... eres harto cruel!

FELIPE. Elena... creas que no he tenido intencion de causarte la menor pena...

ELENA. Sí, sí... lo creo: lo has hecho sin querer.

FELIPE. (Pero no me contesta categóricamente... ¡Algo me oculta!...)

ELENA. (Desde nuestro matrimonio, esta es la vez primera que Felipe ha aludido á mi pasado... ¡Dios mio! ¿si va á ser eso triste presagio de alguna desgracia?...)

FELIPE. Elena... dí... ¿qué te pasa? te veo turbada... ¿Por qué no me confiesas á donde has ido, puesto que...

ELENA. (*Con cariño.*) ¿Qué?

FELIPE. Esta mañana ha llovido y tu manto está aun algo húmedo, probando...

ELENA. Felipe... dudas de Elena, (*bajo y con pena*) acordándote de la PASIEGA...

FELIPE. (*Con ternura.*) Elena, Elena!...

ELENA. Repara, Felipe mio, en lo que has dicho... repara que cuanto podrias decir á otra, no debes...

FELIPE. (*Tapando con la mano la boca de Elena.*) ¡Oh!... calla, calla!... No prosigas, no quiero saber nada más!... Perdona, Elena!... sabes cuanto te amo!...

ELENA. Tú eres quien debes dispensarme, porque yo soy la culpable.

FELIPE. ¡Cómo!...

ELENA. Sí, soy culpable... por tener celos de tí.

FELIPE. Elena!...

ELENA. Hace algunos dias que te veo pensativo y triste, apenas me hablas... Esta mañana salistes de casa muy temprano, y creyendo que otra muger me robaba tu cariño, me he atrevido á seguir de léjos tus pasos, para convencerme por mí misma...

FELIPE. ¡Desgraciada!... (*en ademan compasivo.*)

ELENA. Perdóname, Felipe, perdóname por haber dudado de tí.

FELIPE. (*Abrazando á Elena.*) Esposa mia, enjuga tus lágrimas... Si alguna vez estoy distraido á tu lado, no será porque no te ame, sino porque algun negocio re-

clama y absorve mi atencion... Yo tambien te he ofendido con mis sospechas, y ámbos tenemos que dispensarnos.

ESCENA V.

Dichos. SALVADOR.

SALVA. (*Alargando la mano á Felipe.*) Adios, Felipe...!
FELIPE. (*A Salvador.*) ¿Te vas?
SALVA. Es tarde y...
FELIPE. No te vayas; quédate á almorzar con nosotros.
SALVA. Gracias, Felipe. Te lo agradezco, mas...
FELIPE. Mira, mi esposa te lo suplica tambien.
ELENA. Es verdad, y no dudo que V. nos hará este obsequio.
SALVA. ¡Gracias!... En este caso...
FELIPE. Y además, te lo agradecerá Luisa.
SALVA. ¿Luisa?... Oh!... me parece que nó.
FELIPE. ¿Por qué?
SALVA. Porque es muy ingrata: Luisa no me ama.
ELENA. ¿No le ama á V.?
SALVA. Cuando le hablo está muy distraida, y no me contesta mas que *sí, nó*...
FELIPE. Quédate, pues, á almorzar con nosotros, y se harán las paces.
SALVA. Si así fuere...

ESCENA VI.

Dichos. LUISA.

FELIPE. Mira, Luisa, ha sido necesario invocar tu nombre para que Salvador nos honrára con quedarse á almorzar con nosotros.
LUISA. Sí?

SALVA. Luisa... (¡que apuro!...) No vaya V. á creer del todo á su primo. Antes de que me nombrára á V. habia aceptado ya... No, no es eso decir que su nombre de V. no fuese bastante á obligarme á acceder, sino que... (Maldito si sé lo que me digo!)

LUISA. Ya lo supongo... (Siempre será un nécio!...)

FELIPE. No direis que no os quiera y que no procure proporcionaros momentos de placer. Cuando yo soy feliz, con una esposa que tanto me quiere (*abrazando á Elena*), deseo que los demás me acompañen en mis satisfacciones.

LUISA. (*Con rencor comprimido.*) (¡Oh!...)

SALVA. Yo, por mi parte, te lo agradezco infinito.

FELIPE. (*A Luisa.*) Y tú, querida prima?

LUISA. Yo... yo... tambien... ¿cómo nó?... (Me ahoga el corage!)

FELIPE. Así me gusta. Nunca soy mas dichoso, que cuando veo felices á cuantos me rodean. Pero... ¡Elena!... tú estas triste... (*cogiéndola de la mano*) ¿qué tienes?

ELENA. Nada, Felipe mio... me siento bien.

FELIPE. No me lo ocultes, Elena... tú sufres y... ¿no eres dichosa?

ELENA. ¡Oh!... si no lo fuese á tu lado, seria la muger mas ingrata!... Tú me amas, me adoras... ¿qué más puedo apetecer de un esposo?

FELIPE. Y yo, recordando que tú me correspondes, me creo el mas venturoso de los hombres!...

ESCENA VII.

Dichos. ALBERTO.

ALBER. ¡Buenos dias, amigos mios!...

FELIPE. (*Corriendo á abrazarle.*) ¡Alberto!...

ELENA. (*Con turbacion.*) (¡Cielos!... él aquí!...)

LUISA. (*Mirando á Elena.*) (¡Ha palidecido y se ha turbado... ¡observemos!...)

FELIPE. (*A Elena.*) Es un antíguo amigo, á quien hacia largo tiempo que no habia abrazado, y á quien se creyó muerto, al caer herido en un combate, cuando la gloriosa campaña de Africa. Es uno de los valientes que se encontraron en la toma de Castillejos. ¡Ah!... verdaderamente siento un placer muy grande, con volver á verle (*abrazándole de nuevo.*)

ALBER. Pero mi llegada ha interrumpido quizás...

FELIPE. (*Señalando á Elena.*) Alberto, tengo el gusto de presentarte á mi esposa.

ELENA. (*Bajando los ojos con marcada turbacion*) Caballero...

ALBER. (¡Ella!...) Señora... tengo la mayor complacencia en ofrecerle á V. mis respetos.

LUISA. (Los dos se han conocido... y ámbos se han turbado!...)

FFLIPE. (*A Alberto y señalando á Luisa.*) Mi prima Luisa que, jóven y viuda, hace poco tiempo vive con nosotros. (*Alberto y Luisa truecan un saludo.*) El caballero (*señalando á Salvador*) es un amigo íntimo de la familia... (*Alberto y Salvador se inclinan profundamente.*)

SALVA. (No sé porque este hombre no me gusta!...)

ELENA. (¡Ah!... estoy sufriendo horriblemente!...) (*A Alberto.*) Caballero... no dudo que V. permitirá que me retire. Mi pobre hijo está muy enfermo y... (*bajando los ojos*) necesita de los cuidados de su madre.

ALBER Señora... por mí no deje V. de cumplir con los sagrados deberes de la maternidad.

ELENA.. (*Retirándose y bajo á Luisa.*) Acompáñame, Luisa.

LUISA. (¡Qué misterio habrá entre los dos?) (*Vanse.*)

SALVA. (Se van?... Pues yo las sigo.) (*A Alberto é inclinándose profundamente.*) Caballero... (*Vase.*)

ESCENA VIII.

FELIPE. ALBERTO. *Luego* TOMÁS.

FELIPE. Ya nos encontramos solos, Alberto, y podemos hablar con libertad, de nuestros asuntos, recordando los feli-

ces tiempos de nuestra primera juventud. Sentémonos...; pero permíteme ántes... (*tirando del cordon de la campanilla.*)

TOMÁS. Señuritu...

FELIPE. (*A Tomás.*) Mira, cuando esté el almuerzo, trae la mesa aquí: pon dos cubiertos más, (*á Alberto*) pues quiero que te quedes tambien á almorzar con nosotros.

ALBER. (*Excusándose.*) Pero Felipe...

FELIPE. Nada, nada... no admito excusas. (*A Tomás.*) Haz que esté pronto y avisa á las señoritas. (*Tomás saluda y vase.*)

ALBER. (*Meditabundo.*) (Ella... esposa de Felipe!... ¿me habré engañado?... No, no... su misma turbacion me lo decia claramente...)

FELIPE. (*Sentándose en el sofá.*) Vamos, Alberto, ven á sentarte aquí y hablaremos.

ALBER. (*Sentándose al lado de Felipe.*) Cómo quieras!

FELIPE. Dime ¿en qué graduacion te encuentras?

ALBER. Cuento treintidos años; honran mi pecho cuatro cicatrices adquiridas en el campo de batalla, y no soy mas que capitan.

FELIPE. ¡Cómo!... entónces la pátria ha sido muy ingrata contigo!...

ALBER. La pátria... la pátria no es ingrata nunca!...

FELIPE. Permíteme...

ALBER. Y lo repito. ¿Quién es la pátria!... La constituye acaso el poder? No: la pátria es el pueblo, y el pueblo recuerda y venera siempre á aquellos de sus hijos que se han sacrificado por su causa. Si nuestros servicios quedan alguna vez oscurecidos, culpa es de los que mandan, nó de la pátria, pues ella y la historia se encargan de hacer justicia. La verdadera gloria del militar está en cumplir con sus deberes, y su principal recompensa es la noble satisfaccion de haberlo hecho. Mas bien prefiero mostrar mis cicatrices sin haber sido premiadas, que ostentar cruces en mi pecho, sin merecimiento alguno.

FELIPE. Tu abnegacion, Alberto, es digna de todo encómio.

ALBER. No hablemos más de mí. ¿Cómo van tus asuntos?

FELIPE. No del todo mal. Tengo buena clientela...

ALBER. ¡Oh!... te felicito por ello, amigo mio; puesto que con honrosa profesion y con una esposa amable y bella, debes ser feliz.

FELIPE. Sí, Elena es tan buena como hermosa, y me ama cual yo la amo: con verdadero delirio!

ALBER. (¡Oh!... es ella!...)

FELIPE. Y tú, Alberto, supongo que permanecerás todavía soltero.

ALBER. En efecto, y acaso dificilmente entre en tu grémio.

FELIPE. Pues qué...¿continuas aun en tus trece contra las mugeres?

ALBER. Como siempre!... El amor, la fé, la constancia de la muger... no existe más que en las novelas.

(*Salen Tomás y dos criados llevando la mesa puesta.— Aquel se va por donde se han ido ántes Elena, Luisa y Salvador, y vuelve á salir en seguida.*)

FELIPE. Alberto, está ya puesta la mesa, y espero que tomarás en ella tu asiento. (*Se levantan.*)

ALBER. Te lo agradezco infinito, Felipe: acepto únicamante para que no tomes á desaire mis excusas.

ESCENA IX.

Dichos. LUISA. SALVADOR. *Luego* ELENA.

FELIPE. (*Señalándole la silla.*) Tú aquí, Alberto: al lado de mi esposa.

SALVA. (*A Luisa.*) Usted, Luisa, póngase junto á su primo.

LUISA. (*A Salvador.*) ¿Acaso le da á V. celos el forastero?

SALVA. (*A Luisa.*) Es que he observado que la miraba á V. con cierto interes, y... (*Luisa hace un gesto de desdén, y se sienta al lado de la silla que deberá ocupar Felipe. Este pasa á ocupar el centro; Alberto el extremo de la derecha, dejando vacante la silla para Elena, y Salvador el de la izquierda, junto á Luisa.*)

FELIPE. (*A Luisa.*) Y Elena?

LUISA. Luego vendrá.

SALVA. (*A Luisa.*) ¿Vé V. como la mira?

LUISA. (*A Salvador.*) ¿Y para qué tiene los ojos?

SALVA. (*A Luisa.*) Es que...

FELIPE. (*Al ver á su esposa.*) Elena... ¿vienes?

ELENA. (¡Oh!... apénas puedo sostenerme!...)

ALBER. (*Levantándose y ofreciendo la mano á Elena, para acompañarla á la mesa.*) Señora... permítame V....

ELENA. (¡Ah!... es preciso!...) (*Le da la mano, esforzándose en sonreir.*) Grácias, caballero...

ALBER. (¡Cómo le tiembla la mano!...)

ELENA. (*Sentándose, bajando los ojos y con temblorosa voz.*) Ustedes me dispensarán que les haya hecho esperar... me hallaba al lado de mi pobre niño, que está tan enfermo...

ALBER. Señora... (¡Ah!... ¡cuán presto olvida la muger!...)

FELIPE. Espero, querida esposa, que harás dignamente los honores de la mesa. Alberto es un antiguo amigo mio, y merece que se le obsequie.

ALBER. Grácias, Felipe.

(*Empieza el almuerzo.*)

ELENA. (¡Ahora, que tan dichosa me hallaba ¿por qué habrá venido Alberto!...)

ALBER. (*Mirando á Elena.*) (Todavía conserva su belleza!... Pero... ¿cómo Felipe llegó á casarse con ella?...)

FELIPE. (*Mirando á su esposa y á Alberto.*) (¿Qué es eso?... ¿Se conocerian ya Alberto y Elena?... ¡Oh!...)

LUISA. Con mucho silencio empieza el almuerzo...

SALVA. No parece sino que asistimos á un entierro.

FELIPE. Elena... tú, ni comes, ni hablas...

ELENA. Es que... no tengo apetito, y...

ALBER. (*Con irónica galantería.*) Se encuentra V. indispuesta, señora?

ELENA. Nó, nó... (Felipe no aparta de mí un momento sus ojos... ¡Dios mio!... ¿si sospechará?)

FELIPE. (*Con intencion.*) A la verdad que se come con mucho silencio, y hasta... con cierta tristeza.

SALVA. Sin embargo, yo tengo mucho apetito... ¿y V., Luisa?

(*Luisa hace un gesto de indiferencia.*)

FELIPE. De suerte que Felipe va á decir que le hemos convidado á un almuerzo... funerario.

SALVA. Almuerzo funerario, dices? El término es bien raro, por cierto!

FELIPE. Pues mira, está tomado de una novela de nuestros dias, que probablemente no habrás leido.

SALVA. Es muy posible.

FELIPE. Es una novela... ó mejor; la historia de unos amores que hace tiempo debieron morir.

LUISA. (Si Felipe sospechará ya de su esposa?)

SALVA. Pero aquí no estamos en ese caso, á ménos que los del capitan...

ALBER. ¡Oh!... quién sabe?... Como el amor de la muger suele durar lo que una flor...!

FELIPE. ¡Ah!... no pensabas así en nuestros buenos tiempos, Alberto!

ALBER. Es... que lo reflexioné mejor, y luego me convencí de que, si bien la muger es la primera en hacer el sacrificio de su libertad y de su corazon, se venga despues del hombre que se lo ha aceptado, con el olvido, cuando nó con el desprecio y hasta con el ódio!... En fin, la experiencia demuestra todos los dias que es una verdad, cuanto se ha dicho acerca de la inconstancia de las mugeres.

SALVA. ¡Oh!... cuidado... podrá ser así; pero hay tambien sus escepciones...

ALBER. Escepciones... ¿dónde?... ¡Ah!... (*con ironía*) sí, sí... es cierto: seguramente que estará convencido de ello nuestro amigo Felipe.

FELIPE. De lo contrario, seria ofender á mi esposa...

ELENA. (¡Dios mio!...)

ALBER. Es verdad: no recordaba que deben colocarse entre... esas escepciones... élla y tu prima.

FELIPE. (El lenguage de Alberto está al parecer impregnado de ironía!... Ah! ¿cómo podria aclarar mis dudas?)

ALBER. Puesto que tan cerca tenemos las escepciones, Felipe, propongo un brindis á la... fidelidad de las mugeres.

SALVA. ¡Aprobado!...

ELENA. (¡Cielos!... qué suplicio!...)

FELIPE. Así pensabas entónces, en aquella época en que nuestro corazon sintió amor por una muger. Ignoro si lo habré soñado; pero se me figura que estuvimos á punto de batirnos por ella!... (*Elena se levanta temblorosa y como involuntariamente.*) ¿Qué tienes, esposa mia?... Si me refiero á tiempos pasados. Además continuamos queriéndonos, como ves, convencidos de que, la muger que comparte entre dos su corazon es muy despreciable é indigna de que por su causa se maten dos amigos!...—Elena, tú palideces...

ELENA. Es verdad... no me siento bien...; el calor de la habitacion sin duda... Dándome el aire me repondré en seguida.

(*Todos se levantan. Salvador va á abrir el balcon, y Luisa ofrece una silla á Elena.*)

LUISA. (Alberto parece dirigir ciertas miradas de rencor á Elena. ¡Qué misterio existirá entre los dos?) ¿Te sientes mala, prima?

ELENA. No será nada... un ligero vahído... Pueden ustedes continuar...!

FELIPE. Entónces... sentémonos Alberto: tenemos aun muchas cosas que decirnos!... (*Vuelven á sentarse, quedando Elena sentada junto al balcon.*)

ELENA. (¡Ah!... ya comprendo... quiere hacerle hablar...!)

FELIPE. (*Llenando una copa.*) Alberto... á la fidelidad de tu bella..!

ALBER. (*Vacilando.*) A su... fidelidad!...

FELIPE. O bien... á su inconstancia!...

SALVA. Sí, porque es conveniente prevenirlo todo.

FELIPE. En este último caso, tendrias que llenar una vez más tu copa, para buscar en ella el olvido.

ALBER. ¿El olvido?

FELIPE. Sí, á fin de ahogar tus pesares en el fondo del dulce licor... Mas si por casualidad te preocupa algun secreto, puedes depositarlo sin cuidado en el corazon de tu amigo... Pero tu eres muy misterioso y reservado...

ALBER. Yó, yó reservado?... ¿Por qué lo dices?

(*Los dos siguen hablando en voz baja.*)

SALVA. (*A Elena.*) ¿Cómo se encuentra V. Elena?

ELENA. (*Distraida.*) Mejor, mejor... (No les oigo!...)

FELIPE. (*A Alberto á media voz.*) Veamos... si no quieres ser tan reservado, dime al ménos la primera letra de su nombre.

ALBER. Su nombre? ¿El nombre de quién?

FELIPE. El de esa muger que amaste en otro tiempo, y has vuelto á encontrar casualmente en Madrid.

ALBER. Y que te importa ese nombre?

FELIPE. Es que no te pido más que su primera letra.

ALBER. Pues bien, esa muger... á quien amo todavía, se llama... Clotilde.

ELENA. (¡Ah!...)

FELIPE. ¡Clotilde!... ¿Se llama Clotilde?

ALBER. Ese es su nombre.

FELIPE. (*Levantándose.*) (¡Oh!... ¿querrá engañarme?)

LUISA. (Ya empiezo á comprender: Alberto trata de alejar toda sospecha!...)

ELENA. (Acaso Felipe lo haya adivinado todo!...)

ALBER. (*Levantándose.*) Una idea se me ocurre. (*Mirando á Elena.*) (¡Infeliz!... mas debo seguir fingiendo, y evitar las sospechas de su marido.) Para completar hoy la fiesta, amigo mio (*á Felipe*), podríamos ir esta noche al baile de LA ESMERALDA.

FELIPE. ¿Al salon de LA ESMERALDA?

ALBER. Sí, al baile de máscaras. (*Bajo á Felipe.*) Allí debe encontrarse disfrazada mi Clotilde, mi adorada Clotilde!...

ELENA. (¡Dios mio!... cuanto sufro, á pesar de ser Alberto tan generoso conmigo!...)

ALBER. Iremos á las máscaras; pero nó estas señoras... no es allí su puesto. Además, Elena está mala... (*Bajo à ella.*) Señora, esta noche recibirá V. sus cartas... y olvidaré de V. hasta el ultimo recuerdo!... (*Emocion de Elena.*)

FELIPE. Pero...

ALBER. Yo estaba rogando á tu esposa que te permitiera ser de los nuestros.

ELENA. Mi marido no necesita permiso mio, para nada. (*Levantándose.*) Tú vas á ir ¿no es cierto, Felipe?... yo no debo estorbártelo...

FELIPE. (¡Pobre Elena!... ¡haber dudado de ella!...)

SALVA. Con que ¿está convenido? Yo voy á ser de la partida. Luisa *(á ella)* ya me permitirá V. un pequeño desarreglo por una noche... ¿no es cierto?

(Luisa hace un gesto de indiferencia.)

FELIPE. Yo no puedo acompañaros: tengo mucho que hacer esta noche.

ALBER. No te excuses... es útil á la inteligencia un poco de distraccion.

FELIPE. Lo sé... pero esta noche no me es posible.

ALBER. *(Mirando el reló.)* Como quieras... Mas es muy tarde y tengo que retirarme. *(Toma el sombrero.)* Entónces, Salvador hasta luego. *(Se estrechan la mano.)*

SALVA. Voy con V.

FELIPE. Tengo que volver á salir tambien, y os acompañaré.

ALBER. *(Saludando á Elena y á Luisa.)* Señoras... estoy á los piés de ustedes.

(Alberto se va. Salvador, saludando, le sigue. En tanto Felipe toma el abrigo y el sombrero, y se dirige hácia la puerta.)

LUISA. *(Mirando á Elena.)* (¡Oh!... es indudable que entre Alberto y ella existe algun secreto... yo la obligaré á hablar!...) *(Vase.)*

ELENA. ¡Ah!... Felipe se va sin decirme una palabra!...

FELIPE. *(Desde el fondo.)* (Pobre Elena!... Dos veces en una mañana!... ¡oh! si ella supiera lo que he sufrido, se encontraria harto vengada!..) *(Se dirige hácia ella.)* Hasta luego, Elena!.

ELENA. *(Como sorprendida, y esforzándose en sonreir.)* ¡Oh! hasta luego, Felipe!

FELIPE. *(Volviendo á retroceder y abrazando á Elena.)* ¡Pobre esposa mia!... Jamás te habia amado tanto! .. ¿comprendes? *(Se va, y desde el dintel de la puerta le envia un beso.)* Jamás te habia amado tanto!... *(Vase.)*

ELENA. *(Cayendo de rodillas y con fervor.)* ¡Dios eterno!... no me quites el amor de mi esposo, no me prives de mi felicidad!...

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gran baile de máscaras. La escena, que representa el salon de descanso, está adornada con algun lujo y profusamente iluminada. El rompimiento del fondo abre paso á la galería del salon de baile. Dos puertas á ámbos lados. De las de la derecha, la inmediata al proscenio figura comunicar con el exterior, la otra con el tocador, y las de la izquierda con las dependencias del edificio. Durante el acto discurren varias parejas de enmascarados por el salon y la galeria. Al levantarse el telon, se oyen los ecos lejanos de la música de un wals.

ESCENA PRIMERA.

LUISA.

(*Apareciendo por la derecha del foro.*) Felipe ya está aquí; pero ¿vendrá Alberto?... ¡Ah! sí... vendrá... y ella tambien!... Un instante más y estarán en mi poder!... Felipe!... ¿es mi amor que lo recuerda, ó mi ódio... que no puede olvidarle?... Lo ignoro; pero sí sé que su felicidad ha muerto mi reposo, y yo quiero destruírsela!... ¡Oh! sí, sí... Elena vendrá: he infundido el terror en su alma, diciéndole que Alberto es capaz de todo, con tal de vengarse de la infiel que por otro le abandonó, y que él no le devolverá sus cartas sino á fuerza de lágrimas y de ruegos. (*Con ironía.*) Sus cartas... ¡Ah!... poco me importan esas cartas,

que al fin serian la justificacion de Elena. Lo que yo pretendo es que Alberto se vengue de esa mujer y de Felipe...! (*Apercibiéndose de que se le acerca Alberto.*) (Él viene... serenidad!...)

ESCENA II.

LUISA. ALBERTO.

LUISA. (*Yendo al encuentro de Alberto.*) Ya ves como he cumplido mi promesa.

ALBER. ¡Ah!... ¿eres tú, la del billete perfumado?

LUISA. Yo soy. Llevo dominó azul con cintas escocesas y antifaz negro, como te indiqué.

ALBER. (*Pasando el brazo al rededor del talle de Luisa.*) Y que á juzgar por la voz y por los ojos, debes ser muy linda.

LUISA. (*Apartándose.*) Estáte quieto.

ALBER. No seas tan esquiva, hermosa mia.

LUISA. Te engañas, Alberto. Soy fea, horriblemente fea.

ALBER. ¡Oh!... si lo fueras, no lo dirias.

LUISA. Pero no importa para el caso.

ALBER. Pues ¿cómo?

LUISA. (*Con misterio.*) Es que tengo que revelarte un secreto.

ALBER. (*Cogiéndola de la mano.*) ¿Un secreto?

LUISA. Sí.

ALBER. ¿De amor?

LUISA. Tal vez.

ALBER. ¡Oh, felicidad!...

LUISA. Mas... debes jurarme...

ALBER. Cuanto quieras, ángel mio.

LUISA. ¿Palabra de caballero?

ALBER. Por la cruz de mi espada!

LUISA. ¿No me engañas?

ALBER. Juro guardar el secreto de nuestro amor...

LUISA. Es que no se trata de mí.

ALBER. Cómo!... ¿eres embajadora?... Es igual; eso no priva de que tambien te adore á tí (*intentando abrazarla.*)

LUISA. Soy una íntima amiga de Elena, de tu amada PASIEGA.

ALBER. ¡De Elena?

LUISA. Sí, y yo la quiero mucho, muchísimo...!

ALBER. ¡Ah!... (*con tristeza*) ¿por qué venir á recordarla ahora?

LUISA. (¡La ama!...)

ALBER. Pero... dejémosla. Hablemos de tí, bella desconocida, de tí solamente, de nuestro amor... (*intentando levantarle el velo de la máscara.*)

LUISA. Y la pobre Elena?

ALBER. Pude amarla un dia... Hoy debo olvidarla!... Oh!... ¡qué mano tan chiquita y tan aristocrática tienes, mascarita!... (*besándosela.*)

LUISA. Atrevido eres, Alberto! (*retirándola precipitadamente.*)

ALBER. Y quien no lo será, hablando con un ángel como tú... (*levantándole la punta del velo de la careta.*) ¡Ah!... ¡que barba, que boquita tan preciosa!...

LUISA. Y además indiscreto!...

ALBER. (*Queriendo abrazarla.*) ¡Ay!... si supieras cuanto te adoro, hermosa!...

LUISA. (*En ademan de marcharse.*) Alberto, si continuas así, te abandono!...

ALBER. (*Intentando cogerla de la mano.*) ¡Oh!... nó, nó!.. no te vayas, que perderia el paraíso.

LUISA. Me prometes ser más formal?

ALBER. Te lo juro. Habla.

LUISA. Te decia, pues, que soy muy amiga de Elena, que la quiero como á una hermana. Esta misma tarde estuve á visitarla, y llorando me ha explicado cuanto le ha ocurrido por la mañana, durante el almuerzo. Nosotras, con pocas palabras sabemos comprendernos mútuamente, y resolví acudir á su auxilio. A la muger no le basta tener virtud, debe conservar su reputacion.

ALBER. Y por eso me has dado esta cita, pidiéndome que trajera conmigo sus cartas?

LUISA. Ciertamente. Pero lo que tú no has sabido ver en medio de la turbacion de Elena, lo he adivinado yó, al explicarme la impresion que le ha causado tu vista...

ALBER. ¿Qué quieres decir?

LUISA. ¿No me comprendes, Alberto? (*Con misterio.*) Elena te ama todavía!

ALBER. Ella!...

LUISA. Sí, Alberto, sí...; te ama en silencio, en el fondo de su alma!

ALBER. Y en tanto...

LUISA. (*Interrumpiéndole.*) Sé lo que vas á decir: que Elena ha hecho traicion á sus juramentos, entregando á otro su corazon... Mas ¿ignoras acaso que por mucho tiempo te ha creido muerto?

ALBER. Al ménos con eso pretende excusar su infidelidad.

LUISA. Cuando se desmintió la noticia era ya tarde: Elena acababa de desposarse con Felipe. Pero ¿crees tú que tan fácilmente puede borrarse el primer amor?... ¡Ah! nó, nó. Ante el objeto que adoramos, que fué nuestra primera ilusion, el alma se siente tiranizada por un secreto impulso que no sabe explicarse, y una es capaz... de todo!...

ALBER. ¡Cielo santo!...

LUISA. El amor que Elena siente por Felipe, es cómo esas plantas de América que, trasportadas á Europa, no pueden recobrar su lozanía y sus perfumes, si no se las vuelve á la accion de los ardientes rayos del sol de los trópicos.

ALBER. Y ella ha podido decirte...

LUISA. Vuelvo á repetirte que Elena te ama.

ALBER. (*Con pasion.*) Elena!... (*En tono de duda.*) Elena me ama!... Ella!... ¡Ah!... ¡cuánto daria yo por volver á recobrar una sola de mis ilusiones perdidas!... Pero es imposible: el corazon no tiene más que una primavera, y las ilusiones no vuelven á renacer como las flores.

LUISA. Estás en un error, Alberto.

ALBER. Además... ya he dicho que no puedo... ni debo amarla!

LUISA. Por qué?

ALBER. Porque Felipe es mi amigo, amigo de la niñez, y jamás le haré semejante infamia.

LUISA. (*Soltando la carcajada.*) Y dices que la amas?

ALBER. Máscara!...

LUISA. (Me hago traicion!...) Ah!... dispensa, amigo mio... soy una loca. Haces bien en tener juicio por los dos, por los tres. Sí, sí... yo estaba loca; pero ¿qué quieres? La he visto sufrir tanto!...

ALBER. ¡Pobre Elena!...

LUISA. Vamos, no hablemos más de eso. Alejate de ella, para siempre; vale más que así sea. Dame entónces esas cartas...

ALBER. ¡Ah! ah!... (*Vacilando.*)

LUISA. Elena no puede devolverte las tuyas, porque, habiéndolas conservado como un religioso recuerdo de tu amor, hasta la víspera de su matrimonio con Felipe, las arrojó al fuego, para que nadie pudiese profanar la santidad de las dulces memorias que para ella encerraban. (*Alberto se muestra indeciso*) Vamos ¿me das, pues, esas cartas?

ALBER. Pero... deseo saber á quien las entrego... Supongo que no tendrás inconveniente en mostrarme tu rostro.

LUISA. Alberto ¿dudas de mí? ¿No te he dicho lo bastante, para que comprendieras cuanto me intereso por la desgraciada Elena?

ALBER. Sí, pero...

LUISA. ¿No le has prometido esta misma mañana que se las entregarias... para olvidar de ella hasta el último recuerdo?

ALBER. ¡Ah! sí, sí...! es verdad. Y aun que me desprenda de ellas con algun sentimiento... tómalas! (*dándole un paquetito de cartas liadas con una cinta.*)

LUISA. (Ya es mia!...) Alberto, no hay duda que tienes buen corazon, que eres buen amigo, y el hombre más noble que he conocido.

ALBER. Dí á Elena que su desvío me ha hecho sufrir mucho, pero que la perdono; dile que no podré olvidarla, porque la amo, pero que su dicha y su honra me son todavía más caras que mi amor.

LUISA. Se lo diré, Alberto.

ALBER. (*Estrechando la mano á Luisa.*) Adios, mascarita!... respeto tu discresion; mas cree que tengo un vivo pesar en no haber visto tu rostro.

LUISA. No merece la pena.

ALBER. Adios, repito, adios... tal vez para siempre!

LUISA. (*Inclinándose.*) Quizas!... (*Alberto se va por el fondo.*) ¡Ah!... Alberto ha sido harto noble, por no seguir mis excitaciones, que tendian á reanimar en su pecho la apagada llama de su amor por Elena; pero me ha entregado esas cartas que, siendo de lejana fecha, probarian al fin su inocencia... ¡Oh! no las leerá Felipe!... Si me ha escapado una venganza, yo sabré encontrar otra!... (*Vase por el fondo, tomando diversa direccion á la de Alberto.*)

ESCENA III.

FERNANDO. BENITA (*disfrazados; pero con la cara descubierta.*)

BENITA. (*Cogida del brazo de Fernando.*) Gracias, Fernando!... No puedo más... Uf!... (*Fernando la hace sentar.*) Ah! .. respiremos un poco!...

FER. Sí, sí... respiremos! (*intentando abrazarla.*)

BENITA. (*Rechazándole.*) ¡Cómo!... á eso llama V. respirar?

FER. Pues nó, cuando estoy ardiendo... de amor?

BENITA. Soy agua, por ventura?

FER. Más que agua, nieve es su corazon, Benita, y en ella voy buscando alivio á mi calentura.

BENITA. Já, já, já!... que poético está V., Fernando?

FER. Benita, V. se rie de mi pasion...

ESCENA IV.

Dichos. FLORA.

(*Aparece Flora, con disfraz y descubierto el rostro, contando papeletas.*)

FLORA. Dos, tres, cuatro... aun me quedan cuatro!...

FER. Cuatro, qué?...

FLORA. Cuatro acciones que no he podido endosar todavía.

FER. Para la cena de esta noche?

FLORA. Sí.

BENITA. Ves...? Te empeñaste en hacer mucho gasto y...

FLORA. Se necesita dinero, pues debes recodar que en un baile de máscara todo está caro. Y á propósito: sabes, Benita, que se halla tambien aquí la PASIEGA?

BENITA. (*Con sorpresa.*) Elena!...

FLORA. Como lo oyes. A pesar de su disfraz la he reconocido al instante.

FER. Y quién es esa?

FLORA. A la verdad que encuentro bien raro que no la conozca V., al ménos, por el nombre. Los periódicos se ocuparon de ella, cuando su casamiento...!

FER. No la conozco.

FLORA. Antiguamente fué nuestra compañera, llamándola LA PASIEGA, por ser hija del valle que da nombre á sus paisanos. Parece que abandonada en su infancia, fué recogida por un pariente suyo muy lejano de Reinosa, que más tarde le hizo pagar harto cara la hospitalidad que le diera. Elena, á medida que fué creciendo, aumentáronse extraordinariamente su belleza. Mas «¡ay infeliz de la que nace hermosa!...» Prendado de ella su protector, logró abusar de la pobre jóven, valiéndose de uno de esos medios de que la ciencia quirúrgica dispone en ciertos casos.

FER. ¡Qué atrocidad!...

FLORA. Viéndose tan infamemente deshonrada Elena, huyó de aquella casa maldita, procurando ocultar su estado. Muerto, poco despues de nacer, su hijo, vino á la Córte, y falta de recursos, hubo de ponerse á costurera. Entónces nos conocimos, y al fin fué otra de nuestras compañeras, tomando parte en todas nuestras diversiones, aunque manteniéndose siempre virtuosa, á pesar de verse perseguida por un rico personage.

BENITA. No fué ella tan débil, como nosotras!...

FLORA. Ni como nosotras, ha recibido tampoco tantos desengaños!...

FER. Vamos, vamos, dejémonos de filosofía, y al grano.

FLORA. Es cierto. Como decia, pues, al fin se enamoraron de Elena dos gallardos mancebos: un teniente y un paisano que, segun dijo, acababa de recibirse de abogado. Aunque los dos juraban casarse con ella, difiriéndolo el primero, para cuando fuese capitan, y el otro prometiendo hacerlo inmediatamente, Elena prefirió al militar. Desde aquel instante la PASIEGA se separó de nosotras y siguió sus puras relaciones con el teniente, desengañando al paisano que contínuamente la asediaba, sin que jamás éste pudiera saber siquiera el nombre del afortunado rival, hasta que al fin, abandonó sus pretensiones. Terció despues en la contienda un nuevo personage, hijo de una de las principales familias de Palencia, aunque llevando otras intenciones. No pudiendo alcanzar de Elena lo que deseaba, manifestó al teniente cuanto habia ocurrido á la desdichada jóven; pero el amante militar, convencido de la inocencia de la acusada, siguió amándola como nunca.

FER. Pues eso tiene todo el interés de una novela, ofreciendo bonito asunto para un drama de efecto!

BENITA. Oiga V., que no ha concluido aun.

FER. Vamos, ya escucho: siga la narracion.

FLORA. A los dos ó tres meses se abrió la campaña de Africa, y el teniente, que hubo de marchar con su regimiento á ella, murió en la accion de Castillejos. En esto el enamorado paisano volvió á ver casualmente á Elena, y tornó á perseguirla con sus nuevas protestas de amor. Conoció que no era yá tan indiferente á la jóven, y en su perseverancia halló la recompensa. Logró que Elena le amase, y á los quince dias, eran ya esposos, sin que el pobre paisano supiera nada de lo que en Reinosa habia acontecido á la infeliz jóven.

FER. Ved ahí á lo que se reduce la constancia de la muger.

BENITA. Pues qué... ¿habia de llorar eternamente la muerte de su amante?

FER. A rey muerto, rey puesto!... Diria que adoraba al teniente, y apénas supo que habia fallecido, cuando le olvidó, para entregar á otro su corazon...!

FLORA. Rotos ya los lazos que le unian con el militar, Elena estaba obligada á mirar por su porvenir.

FER. Ese es todo el afan de la muger...!

ESCENA V.

Dichos. SALVADOR.

SALVA. (*Entrando muy de prisa.*) ¿Quién ha visto por ahí, á una máscara con dominó azul y antifaz negro?

FLORA. (*Llamando.*) Salvador, Salvador!...

SALVA. ¿Quién me llama?

FLORA. (*Dándole una papeleta.*) Tome V. una accion.

SALVA. ¡Ah!... son ustedes? .. Vuelvo! (*marchándose.*)

FLORA. (*Deteniéndole.*) Oiga V., Salvador. (*Dándole la papeleta.*) Es de cien reales.

SALVA. Me alegro! Usted dispense: tengo prisa (*volviendo á marcharse.*)

FLORA. (*Volviendo á detenerle.*) Poco galante es V., caballero.

SALVA. Es que...

FLORA. Vamos; no se vaya V. sin tomarme una accion (*volviendo á presentarle la papeleta.*)

SALVA. Y qué haré yo de eso?

FLORA. Podrá V. acudir á la cena que damos al concluir el baile, y sino... colocarlo en un marco.

SALVA. (*Tomándolo.*) Bueno, bueno!... Ahí va un billete de doscientos reales.

FLORA. Es que... no tengo cambio... Tome V. dos (*dándole otra papeleta*) y podrá V. comer doble.

SALVA. Venga. (*En esto, Luisa pasa por entre un grupo de máscaras, y repara en ella Salvador.*) ¡Ah!... Por ahí anda mi pareja!... (*Vase corriendo tras ella.*)

FLORA. (*A Fernando.*) Ya tengo dos ménos.

FER. A este paso, pronto las despachará V.

FLORA. Ya he dicho, que no va á quedarme ni una.

BENITA. ¡Ah!... yo me abraso de sed.

FER. (*A Benita.*) Entónces ¿vamos á refrescar?

(*Benita se coge del brazo de Fernando y se dirigen hácia la puerta de la izquierda, mas inmediata al foro.*)

BENITA. (*Deteniéndose.*) ¿Vienes, Flora?

FLORA. Sí: os acompaño. (*Vanse.*)

ESCENA VI.

SALVADOR.

Se me ha escapado otra vez!... Cuánto siento haber accedido á sus deseos!... Soy un necio, un... «Me acompañará V. á LA ESMERALDA, amigo mio?» me dijo, y yo, que no sé negarle absolutamente nada, contesté: «Ya sabe V. que siempre estoy á sus órdenes, hermosa Luisa; pero ¿quiere V. ir, sin que la acompañe alguno de su familia?» A cuya pregunta exclamó con cierto enojo: «Soy viuda y soy libre; á nadie debo dar cuenta de mis acciones. Si á V. le sabe mal acompañarme, no faltará quien...» No la dejé concluir. La idea de que otro podia robarme su amor, me decidió á acceder, y héteme aquí corriendo toda la noche tras ella, como un loco, desesperado... ¡Ay, mugeres, mugeres, mugeres!...

ESCENA VII.

Dicho. LUISA.

SALV. (¡Ah!... héla aquí!...)

LUIS. (*Mirando con ansiedad á todas direcciones.*) (Me habia parecido verle...)

SALV. (Si me andará buscando?... ¡Oh!... cuán dichoso seria yo!...)

LUIS. (Me habré engañado!...)

SALV. (*Llamando.*) Eh! eh!... estoy aquí, paloma mia!...

LUISA. (Salvador!... Siempre persiguiéndome este necio!)

SALVA. (*Corriendo hácia Luisa.*) ¡Oh! ven, cógete de mi brazo, y nos iremos á donde tú quieras, bella mascarita. (*Al oido.*) Ya ve V. cómo sigo siendo prudente, puesto que en alta voz me permito tutearla á V. (*Luisa, cómo distraida, dirige la vista á todas partes, buscando á alguien.*) ¿Está V. satisfecha de mí?

LUISA. (Si dejará de venir?)

SALVA. Creo que no podrá V. quejarse.

LUISA. (¡Oh!... eso frustaria mis planes!...)

SALVA. ¿No es cierto?

LUISA. Sí, sí...! (No perdamos la esperanza.)

SALVA. Pero ¿qué?...

LUISA. Nó, nó... (Él tendrá celos y...)

SALVA. Luisa ¿qué le pasa á V.?

LUISA. ¿Cómo? (Vendrá, oh!... vendrá!...)

SALVA. Pero ¿qué tiene V.? Murmura no sé que palabras, sin estar á lo que le pregunto...

LUISA. Sí, sí...! está muy animado el baile.

SALVA. (Pues de eso se trata!...)

LUISA. (*Distraida.*) Qué me decia V., Salvador?

SALVA. Le preguntaba á V. la causa de esa agitacion en que se halla...

LUISA. Nó, nó...! Está V. en un error: estoy muy tranquila.

SALVA. Sí ¿eh? (Pues, señor, nadie lo diria!)

LUISA. ¡Ah!... (*Viendo á Felipe que aparece por la derecha del foro, y desprendiéndose del brazo de Salvador, se va corriendo por la izquierda.*)

SALVA. ¿Qué es eso? ¿otra vez? Creo que Luisa se está divirtiendo conmigo. Voy á seguirla, y en cuanto la coja, no la suelto... ni á tiros!... (*Vase tambien por la izquierda del foro.*)

ESCENA VIII.

FELIPE.

(Ha permanecido parado en el foro, en actitud reflexiva, desde que Luisa habia reparado en él. Luego se adelanta con mesurado paso.)

¡Oh!... La impaciencia me hace sufrir en extremo... Esta carta que me ha obligado á venir al baile... un anónimo!... medio vil y cobarde...; pero sus palabras son graves en estos momentos. (*Leyendo.*) «Si quieres saber lo que valen la honra de un marido y la virtud de una muger, concurre esta noche al salon de LA ESMERALDA.» La coincidencia de este aviso con lo que ha ocurrido esta mañana ha ofuscado mi razon. Sé que no puedo dar asenso á un anónimo; pero Elena no se halla en casa...

ESCENA IX.

Dicho. SALVADOR.

ALVA. (Ha desaparecido... en vano la busco. (*Viendo á Felipe.*) ¡Cómo!... ¿es cierto lo que veo?... Felipe aquí!...)

ELIPE. (La duda me mata... y siento que mi razon se extravia!...)

ALVA. (*Acercándose á Felipe.*) Felipe!...

ELIPE. ¡Ah!... ¿eres tú?

ALVA. Pues no dijiste, camastron...?

ELIPE. Es cierto: no creia venir...

ALVA. Con que... algun trapicheo...

ELIPE. (*Con disgusto.*) No concluyas!...

LVA. Bueno, bueno!... Callaré. Elena no sabrá nada.

FELIPE. (*Sobreponiéndose.*) No es eso!.. Deseaba volver á ver á Alberto... ¿no ha venido contigo?

SALVA. (*Vacilando.*) ¿Conmigo?

FELIPE. ¿No quedasteis en ir juntos?

SALVA. Juntos?... ¡Ah!... sí, es verdad!... (Si supiera que vine acompañando á Luisa...)

FELIPE. (*Con impaciencia.*) Entónces...

SALVA. Sí, sí... dijo que debia verse con, con... ¿cómo es?... con... ¡Ah!... ya recuerdo!... con Clotilde.

FELIPE. (*Con viveza.*) Está ya con ella ¿no es cierto?

SALVA. No sé... nos hemos perdido en el salon... ¡hay tanta gente!...

FELIPE ¿No has tenido curiosidad?

SALVA. Ninguna... (¿Por qué me lo preguntará?)

FELIPE. Dime Salvador ¿crees tú que Alberto ame á una muger que se llame Clotilde?

SALVA. Vaya una pregunta!... ¿qué necesidad tendria de mentir?

FELIPE. ¡Oh!... ¿que sé yo?... Tal vez para disimular y alejar las sospechas que podria ocasionar á alguien!...

SALVA. No comprendo... ¿qué quieres decir?...

FELIPE. Nada, nada!...

SALVA. (Luisa habrá venido por Alberto!...)

(*En esto aparece precipitadamente Elena por la puerta de la derecha, cubierta con dominó negro, y al ver á Felipe se para, como vacilando; luego hace un violento esfuerzo, y se va por el foro.*)

FELIPE. Mira... esa muger parece que se ha estremecido al verme.

SALVA. No lo he reparado.

FELIPE. Sí, sí... estoy seguro de ello!... Y á su vista, he sentido cierta extraña emocion... Oh!... esta muger... es preciso que yo la hable!... (*Vase, tomando la misma direccion que ha seguido Elena.*)

SALVA. Eh! eh!... escucha Felipe!... (*Se va en pos de Felipe.*)

ESCENA X.

ELENA. *Luego* ALBERTO.

ELENA. (*Saliendo precipitadamente y temblorosa.*) ¡Santo cielo!... Felipe aquí!... me está persiguiendo, pudiendo á duras penas escapar de sus pesquisas!... ¡Oh!... yo tiemblo... ¡Dios mio!... ¿qué haré?... ¿dónde se encontrará Alberto?... (*Aparece Alberto.*) ¡Ah!... ahí está... el cielo me lo envia!... (*Corriendo hácia él.*) Alberto!...

ALBER. Quién eres, máscara?

ELENA. (*Quitándose con desesperacion la careta.*) Una muger infortunada que implora tu piedad.

ALBER. Elena!... ¡Gran Dios!... ¿á qué veniste al baile? (*Cambiando de tono.*) ¿Cómo se halla V. aquí, señora?

ELENA. Vengo á suplicarte, Alberto, en nombre del amor que un dia te inspiré, que te apiades de mí, que no me pierdas.. te lo ruego de rodillas...

ALBER. (*Levantándola.*) Señora!... (Pero ¿qué está diciendo esta muger!)

ELENA. No me contesta V., Alberto?

ALBER. Qué puedo responder á V.... si no la comprendo! Qué no la pierda?... Señora... pudo V. serme perjura, agostando con crueldad las bellas ilusiones de un amor que era toda mi existencia; pero no carezco de generosidad y de bastante elevacion de alma, para no perdonarlo!...

ELENA. Pues qué ¿no intenta V. servirse de mis cartas, como de pretexto, para revelar á Felipe un secreto que destruiria para siempre su felicidad, y la paz de mi alma?

ALBER. Yó!... Y quién le ha dicho á V., señora, que Alberto fuese capaz de semejante infamia?

ELENA. Alberto!...

ALBER. Y usted, señora, con sólo haberlo creido, me ha hecho una ofensa irreparable; usted, que no tiene derecho alguno, para humillarme hasta el punto de suponerme tan malvado!...

ELENA. Perdon, Alberto, perdon!... ¿Puede exigirse acaso que piense, á una muger, cuando se la advierte misteriosamente que se intentá arrebatarle el amor, la consideracion de su marido, toda su felicidad?

ALBER. ¡Ah!... (*Como herido de un recuerdo.*) Elena... la persona que le ha dicho á V. eso...?

ELENA. No sé quien es. Me lo revela en un billete que recibí esta tarde.

ALBER. ¿Anónimo?

ELENA. Sí.

ALBER. ¡Oh!... entónces lo comprendo todo!... Esa muger... sí, sí...; pero ¿qué idea se llevará?...

ELENÁ. Alberto... ¿qué significa...?

ALBER. Una máscara, de quien recibí un billete, dándome una cita para esta noche, acaba de hablarme en nombre de V., pidiéndome las cartas... y se las he entregado!

ELENA. ¡Cielos!... Felipe ha venido al baile, y me han ostigado á venir tambien... ¡Oh!... ya lo concibo todo... Hemos caido en un lazo infame!... ¡Dios mio, Dios mio!... (*Vacila.*)

ALBER. ¡Oh!... las fuerzas la abandonan y puede ser reconocida por alguien. ¡Ah!... este aposento!... (*Mirando por la primera puerta de la izquierda.*) ¡Nadie!... Venga, venga V. señora. (*Elena se apoya en el brazo de Alberto, que la conduce al aposento inmediato. En esto aparece por el fondo, Luisa, cubierta con otro dominó, y les ve entrar.*)

ESCENA XI.

LUISA. FELIPE. SALVADOR. *Luego* TOMÁS.

LUISA. (¡Ah!...)

SALVA. (*A Felipe.*) Decididamente vas á abandonar el baile?

FELIPE. Sí; esta atmósfera me ahoga.

SALVA. Yo te acompañaria; pero...

FELIPE. No importa. Me iré solo.

LUISA. (*Disimulando la voz y pasando junto á Felipe.*) Haces mal en irte tan pronto, Felipe.

FELIPE. (*Volviéndose.*) Quién pronuncia mi nombre?

LUISA. (*Con voz queda.*) Debes quedarte por algunos instantes más.

FELIPE. ¿Qué quieres decir con eso, máscara?

LUISA. Muy pronto vas á saberlo...: no te vayas. (¡Oh!... nunca pude creer que mi plan se realizára tan bien.) (*Yéndose.*)

FELIPE. (*Deteniéndola.*) ¡Ah!... seas quien seas, máscara, necesito que me expliques estas palabras, lo quiero, lo exijo!...

LUISA. (*Desprendiéndose y marchándose.*) Já! já! já...!

(*Felipe se dispone á perseguirla, cuando sale Tomás, llamándole.*)

TOMÁS. ¡Señoritu! Señoritu!...

FELIPE. (*Con sorpresa.*) ¡Tomás!... (*A Salvador.*) Persigue á esa máscara, Salvador: necesito saber quien es... no te detengas.

SALVA. Voy, voy!... (*Vase corriendo.*)

ESCENA XII.

FELIPE. TOMÁS.

FELIPE. ¿Qué quieres? ¿Quién te ha dicho que me encontrarias aquí?

TOMÁS. Nadie: lu presumí. Era precisu ir en busca de V. y me he decididu por ver si le encontraba en el baile, del cual he oidu hablar á ustedes esta mañana. Dios sabe cuantu he tenido que correr pur estus salones, recibiendu mil codasus, al través de tantus enmascaradus...!

FELIPE. Pero ¿qué ocurre?... acaba!

TOMÁS. He venidu, señoritu, para decirle que el niñu ha tenidu un ataque terrible... que se muere...

FELIPE. Mi hijo, mi pobre hijo muriéndose!... ¿Habeis llamado á su madre?

TOMÁS. Ramona le está cuidandu.

FELIPE. Te hablo de la señorita Elena, de mi esposa!

TOMÁS. Sin duda habrá salidu, confiandu en que no ocurriria novedad, y...

FELIPE. ¡Cómo! ¿no se halla en casa todavía?

TOMÁS. No, señoritu.

FELIPE. (¡Dios mio, Dios mio!... ¿Qué hacer?... Mi hijo muriéndose y su madre tal vez manchando mi honra!...) (*Ve á Alberto que sale del aposento, acompañado de un camarero.*) (Él!...) (*Se retira con Tomás hácia el fondo.*)

ESCENA XIII.

FELIPE. ALBERTO.

FELIPE. (*A Tomás.*) Voy al momento. Retírate. (*Vase Tomás.*)

ALBER. (*Al camarero.*) Cuando esté el coche, avísame. (*Aquel hace una seña de inteligencia y vase por la derecha.*)

FELIPE. Un carruage...?

ALBER. (*Con sorpresa.*) Felipe!...

FELIPE. (Dios eterno!... conserva la vida á mi hijo, mientras yo velo por mi honor!...) Has pedido un coche? (*Señalando hácia el aposento.*) ¿Hay alguien que se encuentre malo?

ALBER. (*Procurando serenarse.*) No... voy solo. (¡Fatal contratiempo!...)

FELIPE. ¿Tan pronto, pues, quieres abandonar el baile?

ALBER. Sí... deseo retirarme yá... estoy fatigado...

FELIPE. Entónces... no quiero detenerte...

ALBER. Me voy... porque me fastídio.

FELIPE. (*Con intencion.*) Pues qué ¿no has encontrado á tu adorada Clotilde?

ALBER. (*Confuso.*) No... no ha venido; pero ya que estás aquí, no me iré tan pronto, y si quieres recorreremos juntos estos salones para ver si encontramos alguna máscara que nos divierta.

FELIPE. (Desea alejarme de aquí!...) Gracias, amigo mio. Esa

confusion, ese barullo me aturde. Me encuentro perfectamente aquí. Pero si quieres hablar un rato á solas y sin llamar la atencion de nadie... podríamos entrar en esa estancia de que acabas de salir.

ALBER. No tengo que decirte nada en secreto.

FELIPE. ¿Nó?... (Se opone!...) Sin embargo... entremos un instante á descansar, y...

ALBER. No es posible!

FELIPE. ¿Se oculta alguien ahí?

ALBER. Ya te dije que no hay nadie, y no comprendo tu insistencia.

FELIPE Mi insistencia!... en verdad que es donosa la palabra!... No me has dicho esta mañana que en el baile debias encontrarte con una muger?

ALBER. Dando por supuesto que yo, fiando en la amistad, hubiese cometido una indiscrecion... no tienes derecho alguno para reconvenirme.

FELIPE. Ah!... ¿con qué al fin concedes que no estabas solo!...

ALBER. Todavía!... (Qué situacion!)

FELIPE. Veámoslo!... Ya puedes comprender que no voy á hacerte traicion alguna. Abrigo principios tan severos sobre la amistad y acerca de los deberes que la misma impone, que quien falte á ellos le tendré siempre por el hombre mas vil y mas bajo de los cobardes!... ¿Qué temes, pues?

ALBER. Nada; pero...

FELIPE. No eres mi amigo?

ALBER. De todo corazon, te lo juro!... Y si por amigo entiendes un alma noble y honrada, capaz de cualquier sacrificio, deja que estreche entre las mias tu mano, con la frente erguida y tranquila la conciencia (*estrechando con las suyas la mano de Felipe.*)

FELIPE. Sí... en efecto... tu continente está tranquilo, tu mirada no se turba ante la mia; pero tus manos tiemblan como las de un ladron, y tu semblante palidece, como el de un hombre que acaba de hacer un falso juramento.

ALBER. Desdichado!... estas palabras manan sangre, y de ellas es preciso que te retractes, que me des una satisfaccion cumplida!

FELIPE. Ya comprendo... busca V. un medio de alejarme de este sitio ¿no es cierto?... Pero es inútil: me quedo!... ¡Oh!... despues nos batiremos, sí; descuide V.... Mas en tanto... (*yéndose hácia el aposento.*)

ALBER. (*Interponiéndose.*) ¡Felipe!...

FELIPE. Apartese V., caballero!... El amante debe dejar el paso libre al marido!) (*Entra precipitadamente en el aposento.*)

ALBER. ¡Infeliz!... está perdida!...

ESCENA XIV.

ALBERTO. FELIPE. ELENA. SALVADOR. EL INSPECTOR DE VIGILANCIA, *dentro.*

(*Al pronunciar Alberto las últimas palabras, aparece por la segunda puerta de la izquierda, Elena cubierta con el antifaz, y cogida del brazo de Salvador, en direccion á la puerta de la derecha, que figura comunicar con el exterior. Salvador al ver á Alberto, suelta á Elena, dirigiéndose con precipitacion á él.*)

SALVA. (*Señalando á Elena.*) Elena está salvada!

ALBER. ¡Ah!...

SALVA. Lo sé todo, y yo me encargo de conducirla á su casa.

ALBER. (*Apretando la mano de Salvador.*) Gracias, amigo mio!... (*Salvador va á reunirse con Elena. En el mismo instante cesa la música del baile y se oye dentro un confuso tumulto.*)

EL INS. (*Dentro.*) Acaba de cometerse un crímen, y nadie por ahora puede salir de estos salones!

ELÉNA. (¡Cielo santo!...)

(*Vuelven á levantarse dentro confusos murmullos, y entran en escena gran número de máscaras,*)

FÉLIPE. (*Saliendo del aposento.*) (¡Ah!...) (*Con amarga sonrisa.*) Tiene V. razon, Alberto: en este aposento ya no hay nadie!... (Pero las puertas están cerradas, y si la desgraciada se encuentra aquí... ¡oh! yo la obligaré á descubrirse!...)

EL INS. (*Dentro.*) Repito que nadie saldrá por ahora!
(*Nuevos rumores en la escena.*)

FELIPE. (*Al grupo de máscaras que se forma á su alderredor.*) Y qué?... Os espanta la idea de que va á prolongarse el placer que venisteis á buscar en estos salones? ¿os espanta acaso la luz del dia, que no tardará en amanecer? (*A una de las mugeres.*) Ah!... ya comprendo tus temores, hija mia; eres jóven y sin duda habrás burlado la vigilancia de una madre que luego dispertará... ¡Oh!... las madres son harto indulgentes!... (*A otra muger.*) Persuadido estoy de que tú, no es de una madre de quien temes, sino de un marido que te ama ciegamente, y sin embargo has huido de sus brazos, para entregarte tal vez á los de un amante... (*Elena, que en un principio se hallaba como oculta detrás del grupo, ha ido separándose despacio y temblorosa, hasta ir á apoyarse en un sillon, de manera que sin ser notable su separacion, pueda verla el público; al oir á Felipe se estremese visiblemente.*) ¿Lo he acertado? En ese caso, tienes razon en temblar: el desprecio del marido ultrajado, ahogando su justa cólera, te dejará que vivas; pero va á proceder contigo, como se procede con un depositario infiel... te arrojará ignominiosamente de su tálamo y de su hogar!...

ELENA. (*Con amargura.*) (¡Dios mio!...)

SALVA. Felipe...!

FELIPE. (*Con forzada sonrisa.*) Déjame, amigo mio. Puesto que nos hallamos en las máscaras, quiero dar bromas á mi manera... (*Se dirige á Elena, y tomándola de la mano, la atrae hácia sí.*) Muy callada y muy triste al parecer te encuentras tú, desconocida máscara.

ELENA. (¡Oh!... yo desfallezco!. .)

FELIPE. Cómo tiemblas!... Puedes apoyarte... (*Elena le da maquinalmente el brazo.*) ¿Dónde debo conducirte?... Al lado de una madre?... ¿de un marido?... acaso de un hijo? (*Elena se estremece.*) ¡Ah!... tienes un hijo y te hallas aquí, léjos de su cuna?... Y quién te asegura que en este momento no te esté llamando? Sí; porque los hijos llaman á su madre, cuando sufren, cuando

padecen. Pero tú no piensas que en tanto te diviertes en el baile, sobreviene un accidente al niño, postrado en el lecho del dolor, y que vas á tener un remordimiento contínuo, por haber causado su muerte...

ELENA. (*Dando un grito.*) ¡Mi hijo!...

(*Movimiento de sorpresa general en el grupo.*)

FELIPE. Ah!... al fin te has hecho traicion!...

SALVA. Felipe!... eres desapiadado con ella.

FELIPE. Dios es quien se muestra sin piedad, para las faltas de las madres!...

SALVA. Dios es justo, y no condena sino el delincuente. Felipe, te juro bajo mi palabra de honor, que Elena no es culpable.

FELIPE. Basta ya! (*Mirando á Alberto.*) Hay un hombre á quien llamaba amigo, y dentro de algunas horas mataré á ese perjuro, ó dejaré de existir.

ELENA. (*Postrándose.*) Felipe, Felipe! soy inocente!

FELIPE. (*A Elena, haciéndola levantar.*) Habia en el mundo una muger, á quien habia entregado mi alma, mi existencia...

ELENA. Perdóname... todavía soy digna de tu amor!

FELIPE. (*Con desden.*) Y quién es V.? yo no la conozco, señora.

ELENA. Soy tu Elena, la madre de tu hijo!

FELIPE. Nó...! mi hijo ya no tiene madre.

ELENA. Piedad!...

FELIPE. (*Rechazándola con violencia.*) Repito que no la conozco á usted!

(*Elena cae al suelo, dando un grito. Felipe va á estrechar con ódio la mano de Alberto, en señal de desafio.— Cae rápidamente el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete en casa de Felipe. Puertas al fondo y á la derecha. A la izquierda un balcon, y en frente una mesa, con recado de escribir, y junto á ella un sillon de alto respaldo. A la derecha, en segundo término, una chimenea con reloj.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE. *Luego* TOMÁS.

(*Sentado junto á la chimenea, guardando una actitud reflexiva. La escena está alumbrada por la opoca luz de una lámpara colocada sobre la mesa. Al levantarse el telon guarda unos instantes de silencio.*)

En verdad que es un delirio, prometerse en el mundo la ventura, pues la flor de la esperanza, es emblema del sufrimiento...! ¡Ay!... cuán mentidos son los goces que el pecho ansía!... Despues de tantos afanes, cuando juzgaba ver realizada la mas bella ilusion de mis ensueños, el desengaño cruel me ha herido en el alma, arrebatándole en un instante sus mas dulces prendas!... ¡Oh!... (*levantándose*) qué me importa yá la existencia? Es preferible morir al triste aislamiento en que voy á encontrarme...! Sin esposa, sin hijo, sin ese halagüeño porvenir que tan caros objetos me prometian ¿qué voy á hacer?... ¡Ah!... ¿cuál ha sido mi de-

lito, para que tan duramente me castigase el cielo?... Sí, sí... ante esa vida de aburrimiento y de desesperacion que me aguarda, vale mil veces más la muerte!... (*Vuelve á sentarse maquinalmente.—Pausa.*)

(*Sale Tomás, abre los postigos del balcon, apaga la lámpara, colocándola sobre la mesa del tocador, y vase.*) Una hora falta todavía. (*Se levanta*) Voy á aprovecharla para escribir mi última voluntad...; pudiera serme adversa la suerte... ¡ah!... ojalá!... (*Se sienta á la mesa para escribir.—Unos momentos de pausa.*) ¡Oh!... mi cabeza no puede coordinar sus ideas, y la agitacion me hace temblar la mano... (*Se pone á escribir.*)

ESCENA II.

FELIPE. LUISA.

(*Sale Luisa por la derecha, deteniéndose en el umbral de la puerta.*)

LUISA. (Está escribiendo... ¡Ah!... no me atrevo á interrumpirle, para interceder por Elena... ¡En mal hora pensé vengarme de esa infeliz!...)

FELIPE. (*Reparando en Luisa, y levantándose precipitadamente.*) Luisa!...

LUISA. Primo ¿qué te se ofrece?

FELIPE. ¿Cómo sigue mi hijo?

LUISA. (*Bajando la cabeza.*) Pobre niño!

FELIPE. Muerto!...

LUISA. Nó; pero está muy malo.

FELIPE ¡Desventurado!... (*Cambiando de tono.*) Escucha, Luisa... (*Cogiéndola con cariño la mano.*) Vas á hacerme una promesa.

LUISA. Dí.

FELIPE. Tú, que has sido siempre tan buena...

LUISA. Felipe...!

FELIPE. Sí, prima mia; tú, que me quieres cómo á un hermano; tú, que tan levantados sentimientos abrigas... no

dudo que me dispensarás el inmenso favor que voy á pedirte.

LUISA. Pero...

FELIPE. Ya sabes la triste ocurrencia de esta noche, miéntras tú te hallabas tranquila en el baile de la Baronesa...

LUISA. (¡Dios mio!...)

FELIPE. Pues bien, tampoco debes ignorar que tengo pendiente un duelo, en el cual puedo morir.

LUISA. ¡Oh!... no lo permita el cielo!

FELIPE. No tiembles, Luisa... Sabe Dios, hácia que lado se inclinará la suerte...! La justicia y la razon están de mi parte...

LUISA. Felipe, primo mio!... por Dios, renuncia á ese desafio!

FELIPE. Es inevitable ya!... Alberto ó yó estamos de más en el mundo.

LUISA. Felipe, por lo más sagrado, te ruego que sacrifiques tu resentimiento hácia él, que no te batas!...

FELIPE. Imposible!...

LUISA. Por el cariño que me profesas, por la vida de tu hijo... te lo suplico!...

FELIPE. ¡Oh! oh!...

LUISA. Si te sucede una desgracia ¿qué apoyo le queda á tu pobre hijo?...

FELIPE. Sí, pero...

LUISA. ¿Vacilas...!

FELIPE. ¡Ah!... ciertamente!... Mas... escucha, Luisa. Es indudable que en este maldito juego de azar que llaman duelo, suelen triunfar, más bien que la razon y la justicia, la destreza y la sangre fria...; pero ¿qué quieres?... Así mismo lo reconoce la sociedad, y sin embargo, si no me batiera, mañana se me señalaria con el dedo en todas partes, y me llamarian COBARDE! haciendo recaer sobre mí una nota de infamia, de la cual no se libraria ni mi hijo. «Éste, se diria, riéndose de él, como se habrian burlado de su padre; es hijo de aquel infeliz que por miedo á la muerte, arrostró el ridículo, viviendo en la deshonra!...» ¡Ah! nó, Luisa, nó... Suceda lo que suceda, no es posible rehuir ese duelo!...

LUISA. (¡Dios mio!... arrastrada por mis celos, cuanto mal he hecho!...)

FELIPE. Escucha, Luisa: sabes que siempre te he querido mucho, considerándote como hermana mia. Pues bien, si el cielo conserva la vida á mi pobre hijo, y tiene la desgracia de quedar sin padre, tú le acogerás, tú le amarás cual si fuere hijo tuyo ¿no es cierto?

LUISA. ¡Oh! sí; pero... ¿y su desdichada madre?

FELIPE. Su madre!... no me hables de su madre.

LUISA. Felipe, mira que puedes ser injusto con ella.

FELIPE. Injusto!... (Esa muger no sabe lo que ha dicho!...) Injusto, dices, cuando daria toda mi sangre solo por dudar...!

LUISA. ¡Quién sabe, Felipe!...

FELIPE. Luisa ¿sabes algo que pueda justificarla?... ¡Oh!... nó, nó... imposible!

LUISA. (*Con vacilacion.*) Yó... nó...; pero... (Ah!... confesarle la verdad seria atraer sobre mí, todo su ódio, todo su desprecio!...)

FELIPE. Y como has de saber insensata? ¿Cómo podrias destruir lo que mis ojos han visto?... ¡Oh!... no hablemos más de eso!... No olvides, por Dios, que si mi pobre hijo queda en la horfandad, tú debes ser su único apoyo, que tú serás su madre!... En tanto, vuelve, vuelve á su lado, vuelve á ejercer junto á su cuna esos sagrados deberes que ha pisoteado Elena...; cuida tú de mi hijo...!

LUISA. Felipe... ¡Oh! nó, tú no puedes batirte, debes desistir de tan funesto proyecto...

FELIPE. La mancha de mi deshonra, no se lava sino con sangre!... Adios, prima mia!... (*Abrazándola y acompañándola casi hasta la puerta de la derecha.*) Adios!... No olvides á mi pobre niño!...

LUISA. (¡Oh!... nó, nó... ese duelo no debe llevarse á cabo! Yo lo impediré, aunque sea á costa de mi dicha, y hasta de mi honra!... (*Vase.*)

ESCENA III.

FELIPE

Con la idea de que voy á dejar una segunda madre á mi hijo, parece que me hallo mas tranquilo!... (*Vuelve á sentarse para escribir.—Pausa.*) Elena! Elena!... En verdad que no sé como no la he matado!... Fué la piedad lo que detuvo mi brazo? ¡Oh! nó: el deseo, el afan de probar al mundo que la falta de una esposa, no debe recaer más que sobre la culpable!... (*Pausa.*) Nada la ha contenido, ni mi amor, ni el porvenir de su hijo...! Ciertamente que es incomprensible tan infame conducta... Ama á su hijo... tanto como yó!... ¡Ah! cuantas veces la he visto abrazarle con delirante frenesí!... Y yó entónces les adoraba á los dos, confundiéndose nuestras almas en una sola emocion de amor!... Ese hombre me ha arrebatado tanta felicidad!... Oh!... yo mataré á ese hombre!... En cuanto á ella... le he dado yá el mayor castigo que podia imponerle, separándola para siempre de su hijo!

ESCENA IV.

FELIPE. ELENA. LUISA (*dentro.*)

Elena sale por la puerta del fondo, pálida, ojerosa, con la vista extraviada y sin reparar en Felipe, á quien le impide ver el respaldo de la butaca en que está sentado.)

ELENA. (*Desde la puerta.*) (¡Nadie!... Ah!... aun podré llegar hasta su cuna, y de allí no me arrancarán sino á pedazos!... Felipe me ha dicho: «Mi hijo ya no tiene madre!...» (*Con exaltacion.*) ¡Oh!... harto le he com-

prendido...; pero eso es demasiado!... Es una expiacion inícua, puesto que no soy culpable...! Mas yo sabré arrebatarle mi tesoro!... Vamos...! (*Se dirige precipitadamente hácia la puerta de la derecha.*)

FELIPE. (*Levantándose.*) ¡Ella!...

ELENA. (*Temblando.*) ¡Oh!...

FELIPE. (*Cogiéndola de la mano.*) Señora!...

ELENA. Felipe... perdóname!...

FELIPE. Señora ¿viene V. á insultarme? (*Soltándola.*)

ELENA. Insultarte yó?... No ves que, aun que quisiera, no tengo valor, ni fuerzas para ello... que estoy desesperada, casi moribunda...?

FELIPE. Moribunda?... Pretende V. enternecerme, para engañarme mejor?... ¡Oh!... Vayase V., señora, retírese... se lo ruego, pues de lo contrario... no respondo de mí.

ELENA. Felipe, mátame, si quieres; pero no me hagas padecer tanto...!

FELIPE. (*Con amargura.*) Nó... porque entónces fuera yó el verdugo, y V. la víctima.

ELENA. Me has privado de ver á mi hijo, amenazándome con separarle para siempre de mi lado, y... venia... sí; venia decidida á llevármelo...

FELIPE. Iba V. á robármelo ..?

ELENA. A robarlo!... ¡Ah!... ¿cómo puedo robar lo que es mio, lo que es mi sangre, mi vida...?

FELIPE. Señora...!

ELENA. ¡Oh!... podrás dudar de mi cariño, Felipe, y hasta de mi fidelidad, puesto que las apariencias me condenan; pero poner en duda mi amor de madre... eso jamás!... Y si no me creyeras por mis palabras, te convencerian mi acento, mi dolor, cuando te gritaria con todo mi corazon: «mi hijo, Felipe; devuélveme á mi hijo!...»

FELIPE. Ya he dicho á V., señora, que no volveria V. á verle jamás!...

ELENA. ¡Ah!... ¿No sabes lo que es una madre?

FELIPE. Si...! Es el ángel visible que vela constantemente junto á la cuna del niño; es la providencia del hijo, el santo guardian de la honra y del hogar doméstico...; madre, en todos los países y entre todos los seres ani-

mados de la naturaleza significa lo mismo: amor, deber, sacrificio!... Diga V., señora, si ante ese retrato puede V. reconocerse...!

ELENA. Caballero, puede V. insultarme á su sabor, puesto que no soy más que una débil muger...; pero tengo un hijo... yo lo quiero, quiero mi hijo!...

FELIPE. ¡Jamás!...

ELENA. ¡Oh!... yo voy á volverme loca!... (*Con ternura.*) Dime, Felipe: es por qué me crees culpable?...

FELIPE. Porque estoy convencido de que V. es una infame!...

ELENA. ¡Ah! nó, nó... no es posible! Si lo hubieses creido me habrias matado!... Mírame bien, Felipe: no hay algo en mis ojos, en mi frente que te está diciendo que no miento?... (*Abrazándole.*) ¿Me atreveria á abrazarte, si fuese culpable?

FELIPE. (*Conmovido.*) Elena...! (*Con dolor.*) Mas no puedes negar que ese hombre te ama...

ELENA. No sé si ahora me ama; pero sí que me ha amado, y yo le amé con toda mi alma!...

FELIPE. ¡Oh! oh!...

ELENA. Entónces era yó completamente libre, entónces rechazaba todo otro amor!...

LUISA. (*Desde dentro.*) Felipe, tu hijo se muere!...

ELENA. (*Yéndose precipitadamente al aposento inmediato.*) ¡Ah!... mi hijo! mi hijo!...

ESCENA V.

FELIPE. ALBERTO. ELENA (*dentro.*)

En el mismo instante en que Felipe iba á seguir á Elena, aparece por el fondo, Alberto.)

LBER. ¡Felipe!...

ELIPE. (*Deteniéndose.*) ¡Él!...

LBER. Una palabra no más!

ELIPE. Caballero ¿viene V. á gozarse en mi desgracia?

LBER. Me crees tan villano?

FELIPE. Quien lo ha sido para hacer traicion á la amistad, es capaz de todo!...

ALBER. Repórtate, Felipe... te lo suplico.

FELIPE. Alberto, no es en este lugar donde debemos vernos.

ALBER. Lo sé.

FELIPE. Entónces...

ALBER. Sé que no es costumbre que dos adversarios vuelvan á hablarse, si no es en el campo del honor; pero mi humillacion puede convencerte de que poderosas razones me obligan á dar este paso.

FELIPE. Quiere V. acaso adelantar la hora?

ALBER. Nada de eso. Conviene que te hable, como amigo, por la última vez, para repetirte que tu esposa es inocente.

FELIPE. Nó, nó...!

ALBER. Felipe, puedes creer que Elena es todavía digna de tu amor.

FELIPE. No vuelva V. á pronunciar aquí el nombre de esa muger perjura, de esa muger á quien V. ama.

ALBER. ¡Oh! no puedo ocultar que he amado á Elena, que ha sido mi ilusion; pero soy demasiado leal para ser traidor á la amistad, y sobre todo, es ella harto honrada para faltar á su marido.

FELIPE. Ambos pretendeis engañarme...

ELENA. (*Dentro.*) ¡Ah! muerto!... muerto mi hijo!...

FELIPE. (*Con amargura.*) (¡Dios mio!...) (*Se deja caer en una butaca, bajo el peso del dolor.*)—(*Pausa.*)

ALBER. Felipe, siento en extremo tu desgracia; pero juro sobre el cadáver de tu hijo, que Elena es inocente!...

FELIPE. (*Se levanta, enjugándose los ojos.*) Basta yá!... Muerto mi hijo, ningun deber me une ya con nadie en la tierra... ¡Caballero!... Vamos!...

ALBER. Una palabra todavía, Felipe.

FELIPE. Ya no deben hablar más que nuestros aceros.

ALBER. Un instante aun.

FELIPE. ¡Qué!... ¿acaso no será V. valiente, sino cuando se halla al frente de su compañía? ¿Teme V. la muerte, porque no va envuelta con el manto de la gloria?... Le veo á V. pálido, suplicante... y casi creeria que tiene V. miedo!...

ALBER. Felipe!... estoy dispuesto á batirme, cuando quieras...!

FELIPE. Entónces, vamos al momento. (*Toma el sombrero y el abrigo, disponiéndose para marcharse.*)

ESCENA VI.

Dichos. SALVADOR.

SALVA. ¿Qué es eso? ¿ibais á salir?. . Todavía falta media hora.

FELIPE. Nada importa; es preciso concluir pronto.

SALVA. (Vaya un afan por ir á matarse!..) Pero, señores, una vez estamos reunidos los tres, y aunque falte el padrino de Alberto... ¿no podríamos arreglar amistosamente el asunto?...

FELIPE. ¡Imposible!...

SALVA. Imposible?...

FELIPE. Hay ultrages que no se borran, sino con sangre!... Si tienes miedo, no vengas: buscaré otro padrino.

SALVA. Miedo!... si fuere otro quien me lo dijera!... ¿quieres que me bata por tí?

FELIPE. ¡Gracias, amigo mio! Aunque vencieras quedaria mancillada mi honra!...

ALBER. Ni yo podria consentirlo!... Felipe, puesto que persistes en llevar á cabo ese duelo, cúmplase tu deseo; mas de cuanto suceda, no culpes más que á tu ceguedad!

FELIPE. Vamos!...

ESCENA VII.

Dichos. ELENA.

ELENA. Felipe! Felipe!... (*cogiéndole del brazo*) ese duelo es imposible!... ese duelo es impío!

FELIPE. (*Rechazando á Elena.*) Retírese V., señora.

ELENA. ¡Oh!... nó, nó!... Si vuestras espadas necesitan sangre, tomad la mia, tomadla hasta su última gota!... pero no os batais!...

FELIPE. (*A Elena.*) Señora... ¿teme V. que le mate?

ELENA. (*Lanzando un grito.*) Ah!... ¿Todavía?...

FELIPE. Señora, todo acabó ya, entre nosotros...!

ELENA. Óyeme, Felipe: Dios no quiere que te batas, pues á ese Dios, Juez supremo, árbitro infalible... yo le he dicho: «Señor, Dios de justicia, si soy inocente, déjame á mi hijo!.. » Y cuando todos creian que estaba muerto, yo sabia bien que eso era imposible. Dudando, empero, le he levantado de la cuna, le he estrechado contra mi corazon, reteniendo en sus lábios el último suspiro de la vida... y le he dicho: «Vive, hijo mio, vive... salva á tu madre!...» y ha vivido... y ha sonreido á su pobre madre que lloraba de pena...! (*Con delirante exaltacion.*) No debemos llorar yá; Felipe, nuestro hijo vive, vive... nos está escuchando... te llama... (*En ademan de irse.*) ¿vienes?...

FELIPE. ¡Gran Dios!... estas palabras incoherentes... indican en ella una nueva desgracia... su razon se extravía!

ALBER. Loca!... Ah!... esto es horroroso!...

FELIPE. (*Con desesperacion.*) Sí, esto es horroroso!... Hé aquí su obra, Alberto!... ¡Oh!... por Dios, Salvador, aparta de aquí á esa madre infelíz!... (*Mirando á Alberto.*) (Yo debo matar á ese hombre!...)

(*Salvador coge de la mano á Elena.*)

ELENA. Déjeme, déjeme V....! (*Desprendiéndose y corriendo hácia Felipe.*) Felipe, de este modo das las gracias á Dios, por su bondad? Ha salvado á tu hijo, y sueñas aun con vengarte?

FELIPE. Elena... mira lo que dices... repórtate... vuelve á la razon!... Tus palabras insensatas hacen renacer en mí una esperanza... no ménos insensata.

ELENA. (*Con amargura.*) ¡Santo cielo!... me cree loca, me cree loca!...

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos. LUISA.

LUISA. Sí, sí, Felipe... tu hijo vive.

ELENA. (*A Luisa.*) Vive, no es cierto?... ¡Ah!... repítelo, repítelo... ó sino yo misma voy á creer que realmente estoy loca...!

LUISA. Sí, vive... y el médico responde de su vida!...

ELENA. ¡Gracias, Dios mio!

FELIPE. Vive mi hijo...! ¿No me engañais?... no soy juguete de algun delirio...?

LUISA. Nó, Felipe; vuestro hijo está salvado.

FELIPE. (*A Elena.*) ¡Ah!... Elena... (*corriendo á abrazarla.*)

LUISA. (*A Felipe.*) Un instante!... Es preciso que entre tus lábios y la frente de Elena, no llegue nunca á asomar la menor sombra de sospecha... Tu esposa es inocente, puedo jurártelo... Hé aquí unas cartas que la justifican completamente.

FELIPE. (*Tomándolas.*) Esas cartas...!

LUISA. Para recogerlas fuí al baile de LA ESMERALDA.

FELIPE. Ah!...

ALBERT. (*Mirando con sorpresa á Luisa.*) (Fué ella...!)

LUISA. (*A Felipe.*) No las lees?

FELIPE. Leerlas... ¿y para qué? Pueden ellas acaso decirme lo que me está revelando el mismo cielo?... (*A Alberto.*) Yo te he insultado Alberto...

ALBERT. Felipe...!

FELIPE. Y te debo una reparacion!... Alberto, no te brindo á un duelo... Te tiendo una mano fraternal.. (*Se estrechan con efusion la mano.*) Elena, te he hecho sufrir mucho... de rodillas te pido perdon...!

ELENA. (*Levantándole y con cariño.*) Qué dices, Felipe?... Yo no puedo sino bendecirte... pues que me sacaste del polvo de la nada...

FELIPE. Eres la madre de mi hijo... yo te amo!... (*abrazándola.*)

LUISA. Mañana, amigos mios, me alejaré de vosotros.

FELIPE. ¡Cómo!...

LUISA. No puedo, no debo permanecer en vuestra compañía. Pronto sabreis el motivo. En tanto, olvidad la amargura de ese dia, dia de borrasca para vuestro corazon; olvidadlo, y no os acordeis sino de que sois dignos uno de otro.

FELIPE. Oh!... lo recordaremos... sólo para bendecir la bondad de Dios!...

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 14 de Abril de 1868.

EL CENSOR DE TEATROS,

Narciso S. Serra.

ERRATAS NOTABLES.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
3	7	recíbela V.	recíbala V.
10	27	vuelto hacerlo	vuelto á hacerlo
16	14	no existe	no existen
18	1	que Felipe	que Alberto
28	22	aumentáronse	aumentóse

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES

DE

EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

PROVINCIAS.

lbacete.	S. Ruiz.
lcalá de Henares.	Z. Bermejo.
lcoy.	J. Martí.
lgeciras.	R. Muro.
licante.	Viuda de Ibarra.
lmagro.	A. Vicente Perez.
mería.	M. Alvarez.
ndújar.	D. Caracuel.
tequera.	J. A. de Palma.
anjuez.	D. Santisteban.
ila.	S. Lopez.
ilés.	M. Roman Alvarez.
lajoz.	F. Coronado.
eza.	J. R. Segura.
bastro.	G. Corrales.
celona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I. Cerdá.
ar.	P. Lopez Coron.
bao.	E. Delmas.
gos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
ra.	B. Montoya.
res.	J. Valiente.
z.	V. Morillas y Compañía.
tayud.	F. Molina.
rias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
ona.	J. M. Eguiluz.
lina.	E. Torres.
agena.	J. Pedreño.
llon.	J. M. de Soto.
ourdiales.	L. Ocharán.
eu.	M. García de la Torre.
iud-Real.	P. Acosta.
ba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. García Lovera.
ria.	J. Lago.
ua.	M. Mariana.
cij	J. Giuli.
er.	N. Taxonera.
igras.	M. Alegret.
eroz.	F. Dorca.
ijon	Crespo y Cruz.
randa.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
uadalajara.	R. Oñana.
aba.	M. Lopez y Compañía.

Haro.	P. Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez, de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias.)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya.
Manila (Filipinas.)	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla
Múrcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Compañía.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Santa Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico.	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C García.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
San Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda.
San Lorenzo (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Compañía.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Riena.	A Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon,	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.

Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. García, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A. Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y C.ª y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de S. Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

8 rs.